

# EL DEBER DE LOS PUEBLOS

## FRENTE A LA TIRANIA (\*)

La tiranía es una enfermedad social que tiende a producirse en todas las organizaciones, cualquiera que sea su régimen propio y la forma externa de su gobierno: se le ve aparecer en las familias, sistematizarse en los colegios, desplegarse en las fábricas y en las minas, petrificarse en los cuarteles, deshonestar las monarquías y azotar las repúblicas. En donde quiera que los hombres se agrupen y se gobiernen, el poder tiende, fatalmente, al abuso, por una especie de ley mecánica. La sociedad misma parece anhelar a veces estos regímenes de opresión, que algunos espíritus inferiores tratan de justificar por la necesidad de mantener el orden, reprimiendo las perturbaciones insurgentes. Cada vez que las divergencias individuales, egoístas o generosas, tien-

---

(\*) *Dos veces se han publicado fragmentos anónimos de este artículo, con añadiduras y supresiones que desfiguraron mi pensamiento. Reconozco el elevado espíritu de los autores de esas publicaciones, pero "sumum cuique", declino formalmente lo que no me pertenece (C. V.).*

den a alterar gravemente la disciplina general, surge en las mentes ofuscadas de los mediocres y de los cobardes, como remedio único a la desorganización inminente, la necesidad de la represión tiránica. Se cree ingenuamente que la perturbación se ha producido por falta de rigor, por exceso de libertad, por *licencia*, y se busca el remedio en el restablecimiento del rigor, en la supresión de la libertad, en la reglamentación de la licencia.

La experiencia enseña que jamás este pretendido remedio ha producido resultados benéficos; que se ha martirizado inútilmente a jóvenes y viejos, que se han violentado sin provecho industrias y naciones, que se han destruído hasta los gérmenes de todo progreso, y ni siquiera se ha conseguido afianzar el orden, porque nuevas corruptelas, nuevos desórdenes, nuevos vicios, florecen más lozanos en medio de los más execrables rigores. Sin embargo, el fracaso no modifica a los tiranos, generalmente impermeables por naturaleza a las concepciones generales y a los sentimientos generosos. Tampoco convence a los privilegiados, quienes a la sombra de la tiranía creen conservar mejor sus bienes materiales.

Si bien se examina, la tiranía es siempre un producto de la mediocridad intelectual y de la vileza moral. En toda sociedad, pequeña o grande, se producen problemas, conflictos externos o internos, choques de sentimientos, ideas o actividades, que son consecuencia necesaria del propio *metabolismo* social, de la asimilación y desasimilación de emociones, doctrinas y productos, crisis del propio crecimiento y desarrollo de las organizaciones. La principal función dinámica de todo gobierno (entendiendo por tal el conjunto de las fuerzas directrices de una sociedad) es dar una acertada solución a esos problemas.

Esa solución es acertada cuando a la vez conserva el orden y estimula el progreso, y es desacertada ya cuando, sacrificando el orden al progreso, produce la anarquía, ya cuando, por sacrificar el progreso al orden, implanta la tiranía. La fantasía impaciente y audaz tiende hacia la anarquía; la cobardía y la mediocridad intelectual y moral, tienden hacia la tiranía. El mundo ha oscilado siempre entre la anarquía y la tiranía y salvarse de ambas ha sido

la gloria de los pueblos superiores, en los cuales la nobleza moral y el buen sentido práctico han sabido armonizar el orden con el progreso.

En el fondo el orden y el progreso son idénticos: no hay verdadero orden si se sacrifica el progreso, ni hay progreso real cuando falta el orden.

El orden se puede definir como el *arreglo* o *seriación* que obedece a leyes o normas conocidas. Esta definición es válida para el orden cosmológico, para el moral, para el intelectual y para el meramente práctico o político. Si la seriación de los actos sociales no puede someterse a leyes o normas conocidas, sino que ha de padecer cada día del capricho atrabiliario y vesánico de los déspotas, que cambia según su humor o sus pavores, el orden social se destruye por su base y se cae, por compresión violenta, en las peores aberraciones de la anarquía. Por eso el buen sentido de los pueblos ha creado las leyes y cartas políticas, destinadas a proteger el verdadero orden social contra las perturbaciones desquiciadoras de los propios gobiernos. Y sin embargo, la ceguera moral de muchos pueblos, tolera mansamente que para restablecer un orden secundario se destruya el orden fundamental, del cual los demás son sólo necesarias consecuencias!

Y si la tiranía destruye el orden creyendo restaurarlo, con mayor fuerza todavía aniquila el progreso.

El progreso, — como lo definió magistralmente Augusto Comte, — no es otra cosa que el desarrollo del orden correspondiente, el cual se mejora haciéndose más simple, más racional y más generoso. El progreso intelectual consiste en descubrir las ideas más racionales, más generales y más reales, esto es en hacer que el orden que establecen las leyes del universo, interprete y explique más y mejor los fenómenos del mundo, o sea se desarrolle y amplíe hacia las partes del universo todavía inexploradas por la inteligencia del hombre. El progreso moral consiste así mismo en desarrollar el orden que se produce en nuestros sentimientos cuando aprendemos a subordinar los impulsos individuales

a los sentimientos de solidaridad y de continuidad social, que aseguran la justicia y la paz y fomentan la fraternidad en el presente y la gratitud a través de las generaciones. La subordinación del egoísmo al altruísmo es el primer *orden* moral; el progreso moral no es más que la sistematización de este orden, de esta subordinación, que nos permite servir con placer creciente a la familia, a la patria y a la Humanidad.

En cuanto al progreso político o práctico, es más fácil ver que él no es otra cosa, en sus infinitas y variadas manifestaciones, que el constante desarrollo y mejoramiento del orden respectivo: hay progreso institucional cuando se simplifica, se aclara o se mejora la legislación; hay progreso judicial cuando la justicia, que no es más que un orden (una distribución de los bienes materiales o una sanción a las perturbaciones individuales), se hace más constante, más pareja, más cierta, más rápida, más derecha, más limpia, más inteligente y más popular. Hay progreso administrativo cuando se regularizan las finanzas, cuando se normalizan los servicios públicos, se mejora la asistencia social, se encauza y cronometrizan el tráfico, se acelera la solución de los conflictos y el despacho de los negocios de la administración pública y se protege eficazmente a los buenos servidores contra la concurrencia desleal de los parásitos. Hay progreso educativo cuando la instrucción pública, que también es un orden o norma, se propaga y generaliza, cuando sus métodos se simplifican y mejoran, y su material mismo se uniformiza en normas superiores, bastante simples para que no sean el privilegio de unos pocos. Hay progreso social cuando la distribución de los bienes de la tierra tiende a producir la armonía y la paz entre los hombres.

La tiranía destruye fatalmente todos estos progresos. Nace ella siempre del temor pueril a los gobernados, de que sufren los tiranos, "pues estos tales son tal natura, — dice Don Alfonso el Sabio, — que más aman hacer su pro, maguer sea en daño de la tierra, porque siempre viven a mala sospecha de la perder". Esta mala sospecha los lleva a suprimir toda garantía o defensa, a atropellar las judicaturas y los procedimientos judiciales, a desquiciar

la administración para ejercer sus venganzas, a violar y conculcar las leyes, y aun a reemplazarlas por las aberraciones de sus vesanias, a multiplicar el espionaje, a despilfarrar los caudales públicos para buscar una seguridad que siempre les resulta precaria en medio del odio que concitan, y, sobre todo, a desarraigar el orden supremo, que es el de la verdad y la razón, mintiendo, falsificando, defraudando y ahogando toda crítica rebelde, toda palabra libre, toda expresión honrada.

En un régimen de tiranía la justicia cae en manos de los esclavos, la policía en manos de los sayones, la instrucción pública en manos de las prostitutas, el ejército en manos de los bandidos sin ley, las relaciones exteriores en manos de los payasos, las finanzas en manos de los impúdicos, los partidos en manos de los traidores, y la prensa en manos de los lacayos. Los hombres libres, los hombres de corazón, los que aman a su patria y a la libertad, los que subordinan la vida del cuerpo a las excelencias del espíritu, el miedo a la justicia, y sienten asco de los sayones y de los traidores, los que ponen su fe y su brazo al servicio del ideal, se asfixian y desaparecen en un medio semejante: unos mueren físicamente, otros, prematuramente envejecidos, se esconden bajo tierra o desvarían en un mutismo trágico, los más emigran para buscar tierras más libres; otros, cogidos por la rueda implacable, agonizan en las mazmorras o perecen bajo la saña vil de los tiranos y de su repugnante séquito de aventureros.

Privado así un país de todos sus hombres de valía intelectual y moral, fatalmente su funcionamiento se bastardea y todo progreso se hace imposible, no sólo porque se ha destruído el orden fundamental, sin el cual no hay posibilidad de progreso alguno, sino porque dejan de actuar las únicas inteligencias capaces de concebirlo.

Sólo la falta de cultura histórica, — desgraciadamente muy escasa en estos días de anarquía ideológica — puede permitir que se propague el concepto erróneo y grosero de ser la tiranía favorable al progreso. El único progreso que las tiranías acostumbran desarrollar es el meramente material: caminos estratégicos, cuar-

teles, fortalezas, cárceles, etc., y a cambio de él, la opresión, el vejamen, el atropello, la supresión de la libertad, el espionaje, el fraude, la concusión, la exacción, la insolencia de los matones, el destierro de los hombres libres, el abandono y la ruina. La historia enseña que donde quiera que ha habido tiranía, (en la Inglaterra de Cromwell, en la Italia de los Papas y en la de Mussolini, en la Rusia de los Czares, en la España de Primo de Rivera, en la Vieja Turquía, en Venezuela, etc., etc.) el cuadro ha sido siempre el mismo.

Para que este juicio sea más exacto, conviene distinguir la *dictadura* de la *tiranía*. La dictadura es una reglamentación fuerte, inflexible, que se ejerce sobre los bienes materiales, sobre las actividades industriales y sobre los negocios jurídicos con el fin de promover al bienestar público. La simple dictadura jamás se ejerce sobre las personas, las opiniones, los sentimientos, el lenguaje o los ritos. En una palabra, la dictadura es material y no espiritual: admite la crítica, la defensa, la expansión; se somete a sus propias normas y deja al pueblo mismo el juicio supremo de los actos buenos o malos del poder público. Tal dictadura ejerció Clemenceau en Francia durante la Gran Guerra; tal dictadura existe hoy día en Alemania, y existió en Roma en tiempos de los Cónsules, para casos de peligro público. A este tipo de gobierno se acercan hoy día la Francia, la Inglaterra y los Estados Unidos.

La tiranía es distinta: en primer lugar es arbitraria, no puede reconocer sinceramente norma ni garantía alguna. Cuando lo hace, es por hipocresía, pero sin ánimo ni posibilidad de respetarlas, pues de respetar alguna ley o garantía, desataría en su contra las fuerzas morales, que no pueden menos que ejercerla.

Además la tiranía se ejerce principalmente sobre las personas: persigue a los hombres libres, suprime la libertad, ahoga la expresión del pensamiento, espía los sentimientos y propósitos privados y esclaviza a los individuos. Nada causa a los tiranos tanto pavor como un hombre de espíritu libre capaz de hablar o de escribir. Cuanto se dice o se escribe les produce escalofríos de terror y hasta en la correspondencia familiar, siempre sagrada en los pueblos civilizados, van a husmear el secreto de planes revolucionarios.

En presencia de un fenómeno patológico de tal naturaleza, cuyo contagio amenaza hoy al mundo entero, es claro el deber social de todos los hombres libres: hay que destruir la tiranía donde quiera que ella se halle y cualquiera que sea el precio de esta empresa.

La única verdadera dificultad de esta hazaña, consiste en reunir los elementos materiales: armas, pertrechos, dinero. Juntar el dinero, comprar los elementos, acopiarlos, ponerlos fuera del alcance de la tiranía, en una palabra, organizar el primer núcleo de resistencia es todo el problema práctico: lo demás es obra del contagio espiritual. Raros son los pueblos que se someten buenamente a la esclavitud. Los hombres dignos de este nombre anhelan libertad y justicia. Salvos pequeños núcleos de hombres regresivos, temerosos de perder el privilegio injusto, cual más cual menos, todos colaboran en la obra santa de redimir al pueblo: al principio sólo con la simpatía, luego con el consejo y la noticia, después con la ayuda civil y por último, exaltados ya los ánimos, por la propia contienda, con la fuerza del brazo y el sacrificio de la vida.

El mérito de los primeros sólo reside en su prioridad: entre los que vienen más tarde hay una verdadera emulación de sacrificio, que enciende los corazones, ennoblece la lucha y dignifica la vida.

Ojalá los hombres que tienen inteligencia y corazón o medios de fortuna no olviden el deber premioso de estas horas de vergüenza y angustia, y no tarden en poner cada cual lo suyo al servicio de la cruzada imprescindible.

BIBLIOTECA NACIONAL

15 ABR. 1964

Secc. Control y Cat.

OBRAS DEL AUTOR

<i>La Familia en la Civilización Occidental</i> (1914) .....	\$ 3.—	moneda chilena
<i>Tratado Elemental de Análisis Lógico de la Proposición Castellana</i> (3ª edición, 1926) .....	„ 2.—	„ „
<i>Pequeña Antología Arcaica</i> (2ª edición, 1919) .....	„ 2.—	„ „
<i>La libertad de Opinar y el Problema de Tacna y Arica</i> (1921-1922) ....	„ 5.—	„ „
<i>La Cuestión Social ante la Federación de Estudiantes de Chile</i> (1922) ...	„ 2.50	„ „

Pedidos, a la “EDITORIAL NASCIMENTO”.

Santiago de Chile, Calle de Ahumada.

PROXIMAMENTE:

*La Tiranía en Chile* (400 págs.) ..... \$ 5.— moned. argent.

Pedidos: al Autor, San Juan 2067 - Mar del Plata. Repúb. Argent.

Talleres Gráficos “La Capital” - Mar del Plata